

Ivana frente al mar

(Excerpt in Spanish)

Translated by: María Florencia Ferre

Contact of the translator: mariafferre@gmail.com

“Vi el anuncio en internet, ¿todavía tiene el armario? ... me gustaría... voy,” dijo la voz de mujer con una pronunciación blanda ostensible. Veinte minutos después una señora de mi edad estaba en la puerta, con una muy mini falda negra, con maquillaje rosa fuerte de la nariz al mentón, envuelta en accesorios relucientes. Mientras sus dos rufianes de negro (¿bosnios? ¿serbios? ¿montenegrinos?), cada uno con un arito de falso diamante en el lóbulo izquierdo escarceaban con el armario guardarropa, las dos estábamos de pie en el corredor y sonreíamos una a la otra, incómodas.

“¿Ucrania?”

“Sí y no, cerca, Rusia.”

“Adoro a los poetas rusos.”

Me miró con los ojos como platos bajo la succulenta capa de rimmel.

“Tsvetáeva, Brodsky, Mandelstam...” me envalentoné.

“¿Usted conoce?” se veía completamente sorprendida, lo que me hizo pensar que tal vez era una maestra que había acabado mal, en fin, y que no obstante su comportamiento relajado, no le resultaban fáciles estos nuevos atajos. Pero evidentemente no quería continuar la conversación en esa dirección y se quedó callada.

“¿Y cómo están ahora las cosas por allá? ¿Después de la invasión rusa en Crimea? ¿Usted es de por ahí, no?”

Me imaginaba nuestro armario en su cuartito, cuyas paredes seguro están pintadas de rosa y donde pasa los días más dormida que en estado de vigilia, después de pasar noches enteras bailando en el caño de algún turbio local.

“Por allá bien,” disparó como si estuviera esperando la pregunta. Siempre me vuelve a sorprender ese miedo ancestral y negador, acendrado en los huesos desde siempre y que quien ha vivido bajo el régimen no se sacude jamás de encima, no importa donde viva más adelante. Seguía sin resultarme del todo claro si era rusa o ucraniana.

“¿Es peligroso, tienen miedo por allá?” me hice la boba.

Sacudió una mano como si rechazara un café que le acabaran de ofrecer y sus pulseras tintinearón:

“Más peligros en tiempos de paz, no en guerra.”

[...]

Tenemos suficiente tabajo, y desde que terminaron las clases, a fines de junio, con la celebración de Vidovdan¹, estamos todos los días en la taberna tomando aguardiente de ciruelas, rakia con agua o café turco de pura cebada, escribe Adrijan a su mujer en verano, mezclando el serbio y el esloveno, pero sólo hasta las diez, porque después hay toque de queda. El paseo está muy animado; ahí gira el cordero asado por 140 dinares el kilo. En la plaza sólo se consigue cebolla, ajo y enormes cantidades de frutillas. Quisiera enviarles algún paquete de azúcar y un trozo de panceta, pero no hay. Voy a comer a la cantina estudiantil, de ese café

¹ Vidovdan es una celebración de gran importancia en Serbia, que junto al día de San Vito, el 28 de junio, conmemora a los mártires serbios caídos en la batalla de Kosovo contra el imperio Otomano en 1389 [n. de t.]

lavado bebí sólo una vez, el pan está mezclado con papa. Lamento no haber aprendido a cocinar, porque nuestra cocinera conoce poquísimas recetas. Aunque la cosecha acaba de terminar no hay harina, pero los campesinos tienen las arcas llenas de dinero. Cada vez que hay concilio en la iglesia, fiestas patronales, van más de mil personas; vienen músicos con armónicas y bailan kolo. Los campesinos pagan 200, 300 dinares. Hay plata a montones, pero sólo se puede conseguir mercadería por relaciones. En Belgrado parece que es la misma cantinela: danza, bebida, música en cada local. Si tienes dinero, consigues lo que quieras, desde manjares hasta prendas de seda. Un par de chinelas, opanke, que cuando llegué costaban 100 dinares, ahora cuestan 2500.

Ivana va de inmediato a lo del zapatero Krmolec y le encarga un par de sandalias número cuarenta y cuatro. *Voy a pagarlas sólo cuando las pese, y si pesan más de cuatrocientos gramos, no las llevo*, lo amenaza. El correo alemán no permite, en efecto, paquetes más pesados que doscientos gramos, y eso es justo lo suficiente para una sandalia por envío. Mandaría mucho más si fuera posible conseguir algo; así tal vez se aliviaría un poco la conciencia, porque los últimos tiempos está transportada a otros mundos: fantasea con abrazos y sonrisas, aquella sonrisa con la comisura izquierda levantada, aquel resplandor en la cara, aquella mirada amable y ocurrente.

Sobreviví a un tabardillo, escribe Adrijan, *pero esto no es nada, algunos han muerto de malaria.*

A Ivana vuelve a arderle el estómago, un reproche acalorado le recorre todo el cuerpo: Si Adrijan llega a morir, ese será el castigo de ella. Nunca había creído en esa venganza católica de diente por diente, pero algo superior la va a escarmentar si no siente lo que debe, si no hace todo lo posible, si no tiene los pensamientos limpios como el cristal, si se olvida de su propio pellejo, que le parece que se está secando; sin el contacto con un hombre su piel ha estado tan desolada.

Los eslovenos somos como una familia. Aquí hay una paz sacrosanta; sólo la inflación o la carestía de una u otra cosa, o algunas visitas inesperadas recuerdan la guerra. Los últimos tiempos han soplado nuevos vientos; éramos en efecto la encantadora capital de los más diversos “duques” y sus pandillas. Borracheras, violencia, saqueos, matanzas estaban a la orden del día. Pero ahora tomaron el poder los que están aquí para eso, y todo respira aliviado.

Si Adrijan fuera muerto o herido, ella será la culpable, será culpable su poco amor, su volubilidad, su debilidad, su frágil voluntad; debe resistir, porque se le está instalando esta nueva sospecha de que con sus actos puede perder a tu marido... y a ella, que con tanto coraje supo una vez enfrentarse a los de Škale, a ella la asedia esta amenaza, esta nueva forma del miedo.

Le estoy dando clases de conversación en alemán a un emigrado ruso, un ingeniero. No le cobro nada, porque no tiene. Me sirven slatko, el dulce de bienvenida, rakia y café. El ruso me presta un traje de baño para ir a bañarme, a lo que en esta gran ciudad se le llama “ir a la playa”. Una tienda se llama Luvre, otra Moscú; tenemos los restaurantes Kazina y Bulevar. Por lo demás es increíblemente primitiva. Recibí tus paquetes con lo siguiente: pantalones blancos, tres pañuelos, tres pares de medias de Bata, una corbata, un poco de hilo y un poco de jabón perfumado.

Ivana está de nuevo de mejor humor; las noticias de Adrijan ya no son inquietantes, se han vuelto parte de la cotidianidad, de la de ella y la de él, se han habituado a la distancia, al menos así lo parece en este momento, en este instante en que un día se vuelca en otro, igual al anterior, y en tanto así sea estará bien, que así sea, porque después sí o sí seguro va a estallar... así que no está tan mal que Ivana vaya de nuevo al bosque con su canasta para los hongos, va por el mismo camino y el corazón le estalla, el aire fresco y el olor del barro le hacen saltar la sangre y la gana un ímpetu juvenil.

Aquí hay uno de lengua eslovena y uno de geografía, dos iguales de cálculo y uno de historia... aunque a ése pronto habrá que volver a escribirlo, le dice Vitalij. Está parado en los helechos y desde lejos se oyen las campanadas de la iglesia. Por primera vez hay una bella música, se le ocurre a Ivana. Y unos hongos como excusa. Encima del mantelito bajo el que se esconden cinco libros pone tres hongos boletus y dos hongos de pino. Igual que para cada enfermedad crece una florcita, crece un hongo por cada libro.

Ivana le sonríe. Y después la mira de nuevo con unos ojos, que a ella se le enciende la espalda y le cosquillea el estómago. *Muerte al fascis... suerte, le dice.*

Suerte, contesta él.

A fines de agosto a Pina se le inflama el cuello y le sube la fiebre alta, se queda ronca y le chorrea una secreción purulenta por la nariz paspada. Ivana está desesperada: lo sabía, sabía que algo iba a ocurrir, pero a Adrijan no le escribe una palabra sobre la difteria de Pina, este castigo tendrá que soportarlo sola, sola cargará todo su peso, él ya tiene bastante. Se queda rumiando cómo ha ido reaccionando al llanto de Pina, a sus deseos, que a veces eran exigencias, a sus enfermedades, que eran mucho más leves que la de ahora, y le parece que nunca ha hecho bien las cosas, se acusa y cada vez que lo hace tiene ardor de estómago.

Leo todos los días sobre asesinatos y penas en el Donauzeitung. Tengo miedo por ustedes dos, le llega una carta serbia con la estampilla del rey Pedro. Pienso todo el tiempo cómo estarán, qué estarán haciendo, cómo estarán vestidas, qué habrán comido. Tengan cuidado con la disentería y el tifus, aquí están muy extendidos. Qué bueno que Pina se interese por los animales. Yo también tenía en mi cuarto, a excepción de piojos y ratas, a todo el reino animal: ratones, cucarachas y pulgas. Después de las batallas con las chinches, las sábanas quedaban como si las hubiera llenado de arándanos y me hubiera acostado encima.

Una tarde de septiembre también Ivana se acuesta encima de una manta extendida sobre un campo de arándanos y sobre su impermeable. Es como si el iluminador de un teatro hubiera disimulado unos reflectores sobre las copas de los árboles para que el contraste entre las manchas claras de sol entre las hojas fuera más suave, y un instante antes de que Ivana cierre los ojos el mundo se da vuelta, la muerte se vuelve amor y el amor se ubica con la aguja del compás al otro lado, enfrentado a la muerte, el sur está en el norte y el este en el oeste, Kaonik se desplaza aún más lejos, a Bulgaria, y el bosque cubre como el musgo todo el Reich y en un rayo oblicuo de sol que destella entre el follaje, Ivana alcanza a ver sobre ella la comisura elevada de la boca, y siente la piel cálida de Vitalij, que huele a humedad, a caminata y humo, Vitalij está a su alrededor y dentro de ella, las ramas bajas de los avellanos se mecen con movimientos lentos casi sobre el suelo.

*No voy a dibujarte para que no te reconozcan si me atrapan, pero voy a aprenderme de memoria tus rasgos. Te dibujaría toda, toda tú; no haría una composición de dos piezas distintas, la cabeza de una mujer y el cuerpo de otra como en Almuerzo sobre la hierba. Aquí está la casa temporal de los dos, sin ventanas ni puertas, la casa con lo imprescindible, una manta, arándanos y una botella de vino, su temporalidad es su belleza, su temporalidad y su espacio provisorio, porque el espacio está siempre, como la casa a la vida, vinculado al tiempo: en un tocón a poco de los dos comensales están dibujados los anillos que atestiguan la edad del árbol que fue; un caracol ha dejado sobre él su huella de baba y una araña, con los hilos que ha hecho de ella misma, ha trazado su casa como un coto de caza. Ivana y Vitalij están tendidos en este hogar sin paredes que nadie traspasará, están tendidos en esta hierba sin almuerzo, sin envejecimiento, en esta limitación temporal sin límite espacial, e Ivana se acuerda de las palabras antes contradictorias y ahora tan edulcoradas de Adrijan: *disfrute de toda la belleza que perciba, pero no piense de dónde viene... Si oye el rumor del follaje meciéndose en el viento nocturno, no le preste oídos, no intente averiguar qué quiere decirle... Sueñe, mi alma, sueñe y sea feliz soñando.**

Dos y tres veces más se repite lo que se ha vuelto un ritual en el bosque, Vitalij cubre a Ivana y todo se petrifica, también él se aquieta, sólo su calor se extiende lentamente en ella, la cubre del mundo y la protege por debajo de él, escuchan en silencio cómo los llena la sangre lenta que se filtra hacia el tejido subcutáneo, de él a ella y al revés, el calor se trasvasa en los dos, se llenan paulatinamente con una fuerza discreta pero persistente, que llega en oleadas lentas, primero desleídas y luego enérgicas.

[...]

El abundante par en la puerta insistió en seguir; se apuraban por llevarse la máquina de coser alemana. Con acento del sur de Yugoslavia preguntaron en el dialecto de Primorska por qué la vendía, y me dieron a entender por lo bajo que no les valía la pena estafarme porque de todos modos iban a salir ganando con la transacción. Yo sabía que en ningún caso podría venderles la máquina por el precio publicado, y además estaba apurada y acepté la drástica rebaja de ellos. Casi ofendidos por lo fácil que les había resultado, al final se pusieron a mirar por la habitación para ver si podían negociar algo más con lo que al menos darse el gusto de regatear. La Juno cabeceó hacia el rincón donde la vieja Singer era desde hacía mucho un mueble y no una máquina de coser.

»Esa no la vendo.«

»La llevamo.« Él sacó del bolsillo trasero del pantalón un machucado billete de veinte y me lo extendió.

»No está a la venta. No es para vender. No sé cómo decírselo. No está de remate.«

»¿De remate? ¿Habrás querido decir en oferta, no?« dice ella entre hipoes de risa.

»No es que quiera decir loca,« le agregó él cuando volvió a ponerse serio. »Y bueno, por veinte y cinco.«

»Vendo sólo lo que está en el cajón amarillo.« De nuevo se empezaron a reír.

»Ella quiere decir caja, no cajón,» le dice la mujer traduciendo del esloveno al bosnio al marido. Después me miró a mí: “Es que cajón es para nosotros lo que en esloveno un ataúd.”

